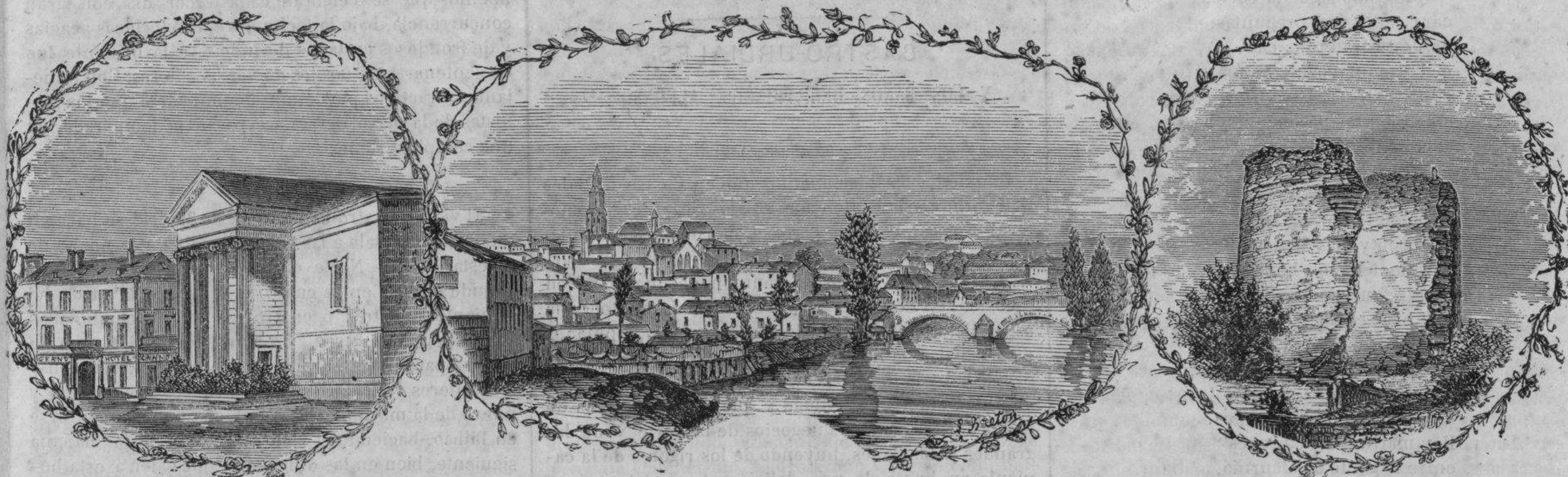


# El Periódico ilustrado.



Año II.—Número 66.  
DEL 22 AL 29 DE JULIO DE 1866.



## CALENDARIO DE LA SEMANA.

D. 22 Sta. María Magdalena.  
l 23 San Apolinar.  
m 24 San Francisco.  
m 25 Santiago Apóstol.  
j 26 Sta Ana.  
v 27 San Pantaleon.  
s 28 San Nazario.

ADMINISTRACION, PASAJE DE MATHEU, 6.

EL PERIODICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

SUSCRICION: Un año. Seis meses. UN NÚMERO  
Madrid. . . . . 24 rs. 12 rs. MADRID..... 4 cs.  
Provincias. . . . . 28 » 14 » PROVINCIAS. 5 id.  
Ultramar. . . . . 60 » 50 »

UMARIO.—Revista de la semana, por Palacio.—Castro-Urdiales, por E. G. L.—Estudios históricos: D. Luis de Escobedo, por Belza.—El Casero, por P. F. Reymundo.—El reparto del correo. Una cacería en Italia.—Las coronas, por J. M. Marin.—El rey de los gitanos, por Belza.—Baile de máscaras en Nancy.—Spahis y Kabilas.—Cantares.—El globo La Italia.  
MINAS: El reparto del correo.—Una cacería en Italia.—Baile de máscaras en Nancy.—Tipos argelinos.—El globo La Italia.

## EL REPARTO DEL CORREO.

La curiosidad que inspira á todo el mundo el estado de la guerra, y los mil acontecimientos que diariamente nos anuncian los periódicos, han inspirado á nuestros vecinos de allende el Pirineo, el grabado si-

guiente, que representa el momento de repartirse en un pueblo pequeño el correo que acaba de llegar.

Es como se ve un cuadro animado que toca los límites de la caricatura, pero que encierra, sin embargo, un fondo de verdad, pues sabido es que en pocos países domina como en Francia la afición á la lectura, hasta en las clases menos acomodadas.

En prueba de esto no hay más que citar el ejemplo del *Petit Journal*, cuya tirada es ya de 250,600 ejemplares diarios; el *Journal illustré*, nuestro colega, cuyas suscripciones no bajarán de 200.000, y las infinitas publicaciones de todos géneros, cuya propiedad constituye una verdadera fortuna.



EL REPARTO DEL CORREO.

## REVISTA DE LA SEMANA.

A \*\*\*

Que cómo sigue la corte,  
cara amiga, me preguntas,  
desde tu tranquila casa  
de las montañas de Astúrias;  
si hace calor ó hace frío,  
si hay fiestas pocas ó muchas,  
si la política duerme  
y se baila en las tertulias.  
Para contestarte á todo,  
ni tengo tiempo ni bula,  
que esto y más se necesita  
para meterse en honduras.  
Te diré pues, solamente,  
que hace el calor de las tuyas;  
que Madrid emigra en masa,  
aunque el dinero no abunda,  
y que el agua del Lozoya  
está más fresca que nunca.  
Hay matrimonios á pares  
entre la gente de alcurnia,  
trapisondas á docenas  
de los pollos en la turba,  
y más cesantes que empleos,  
y más poetas que plumas.  
De teatros, sólo el Circo,  
donde lucen su apostura  
los clowns, y los perros sábios,  
que tanto al público gustan,  
es el que todas las noches,  
con los ecos de su música,  
del Prado y de Recoletos  
rompe la calma profunda.  
No lejos de allí, en el sitio  
que, por presuncion sin duda,  
llama *jardines de Apolo*  
de un empresario la musa,  
dos veces á la semana  
la gran orquesta se escucha,  
que hace más grande y más bella  
de Barbieri la batuta.  
Allí Mozart y Bethoven,  
con sus *marchas* y sus *fugas*,  
hacen quedarse á la gente  
entusiasmada y confusa,  
hasta que un gran estallido  
que se vayan les anuncia,  
y las luces de Bengala  
para salir les alumbran.  
Estas son todas las fiestas  
de que en Madrid se disfruta,  
sin contar las reservadas,  
que para el vulgo son nulas.  
Las letras están dormidas,  
*La Correspondencia* muda,  
los cafés casi desiertos,  
y ellos se tienen la culpa,  
por no dar el café frío  
como la horchata de chufas.  
Sólo el arte brilla y vive  
y de él la gente se ocupa,  
con motivo de los cuadros  
de un hijo de Cataluña,  
que Sans ha expuesto en su casa  
con benevolencia suma,  
en obsequio á los amigos  
que, con ansiedad muy justa,  
ver de Fortuñ pretendian  
las obras una por una.  
Ya de este artista la historia  
hizo á su tiempo este cura,  
y hoy solo puede añadirte  
que es tal su genio, que asusta,  
y que de él se dirá un día  
aquello de—*non plus ultra*.  
Siento anunciarte que pronto  
á hogar y patria renuncia,  
pues debe marchar á Roma,  
do le llama la fortuna;  
Dios se le dé tan cumplida  
cual se la ha dado por burla,  
á muchos que así les sienta  
como á un zorro una casulla,  
un chaleco á un elefante  
y un cinturón á una pulga.

Con lo cual doy á esta carta  
el fin que sirve de excusa,  
á lo mucho que me dejó  
sin contestar de la tuya.

M. DEL PALACIO.

## CASTRO-URDIALES

## Y LOS BAÑOS DEL PRÍNCIPE ALFONSO. (1)

(Conclusion.)

Uno de los establecimientos que en Castro-Urdiales llaman hoy más la atención, son los elegantes y cómodos BAÑOS DEL PRÍNCIPE ALFONSO, construidos y montados por el mismo orden que los de *Napoleon* en Biarritz. Ellos son el punto de reunión de una sociedad escogida, en donde está representada la aristocracia española, la política con algunos senadores, diputados y periodistas, la literatura y las artes, el comercio, la propiedad y la industria, y en fin, todas las clases que disfrutan alguna comodidad y que tienen la dicha de poder dar tregua á sus negocios de la corte y de las grandes poblaciones, huyendo de los rigores de la canícula en busca de una deliciosa temperatura, que nunca escende en estas playas de 24 grados.

Quisiéramos hacer una minuciosa reseña del referido establecimiento; quisiéramos ser eco de los elogios que merece de todos cuantos en él se bañan, no solo por el lujo y por las comodidades que ofrece, sino tambien por el distinguido servicio que en él se presta á todos los bañistas; pero circunstancias muy especiales, que tal vez se juzgarían interesadas, nos impiden cumplir con este deber de cronistas, y nos limitaremos á reproducir la que con absoluta imparcialidad publicaron algunos periódicos de la corte cuando dichos baños se inauguraron en el verano último. He aquí su contenido:

## Descripcion de los Baños.

«Es un esbelto pabellon construido sobre un macizo muelle á la misma orilla del mar, de 104 piés de fachada, que comprende 24 cuartos independientes, con espaciosas escaleras para bajar á una playa grandiosa, de limpias y azuladas aguas que, impelidas por la ola, se agitan espumantes sobre un fondo tapizado de menuda arena, que hace innecesario todo género de calzado. Su estension es tan espaciosa y su declive tan imperceptible, que en ninguna circunstancia ofrece el menor peligro, ni aun para los niños de corta edad, pudiendo recibirse los baños de ola al pié de las escaleras, y en las pleas-mares á la misma puerta de las habitaciones.

«Esto no obstante, para prevenir cualquiera incidente imprevisto, el establecimiento tiene á su servicio suficiente número de entendidos y prácticos bañeros y bañeras para cuantos quieran emplearlos, dando así mayor confianza á los bañistas, y aliviando de toda clase de cuidados á los que tengan que bañar niños ó personas algo delicadas.

«Dentro de dicho establecimiento hay un *Salon de descanso*, no sólo para los que se bañen, sino tambien para los individuos de su familia que solo lleven el objeto de acompañarlos: tambien hay un *Gabinete de lectura* y un *Restaurant*, y las señoras encuentran para su servicio esclusivo un elegante *Tocador*, provisto de todo lo necesario y amueblado con un esquisito gusto.

«Respecto á los baños nada más queremos decir: son los primeros de su clase que se han construido y existen en nuestras playas, y tenemos la seguridad de que en lo sucesivo Castro-Urdiales será el *Biarritz español* y el punto de cita veraniega, al cual concurrirán lo mismo la alta aristocracia que las demás clases de la sociedad, porque allí encontrarán todas las comodidades y la economía que en ningun otro del litoral cantábrico.»

## Paisaje y diversiones.

«Por lo que hace á la población, puede tambien asegurarse que no hay en toda la costa otra que ofrezca á los bañistas ni más distracciones ni más comodidades. Aparte de su suave temperatura, de sus pintorescos alrededores, de sus magníficas huertas y de sus frondosos valles, que convidan á frecuentes giras, Castro-

(1) En virtud de la preferencia que han dado los bañistas á la playa de Castro-Urdiales, nos proponemos completar su historia, publicando en uno de nuestros próximos números las vistas de dicha villa, y de algunos de sus importantes edificios.

Urdiales tiene un hermoso teatro, en el cual actúan durante el verano muy buenas compañías de declamación ó zarzuela, alternando con estas funciones los fantásticos bailes campestres costeados por el ayuntamiento, que se celebran cada tercer día con gran concurrencia, bajo la techumbre de odoríficas acacias y de frondosos castaños de indias, á la brillante luz de centenares de faroles de varios colores. Con semejantes atractivos puede muy bien decirse que los bañistas de la playa de Castro pasan la temporada en una completa romería.»

## Itinerario.

«El viaje á Castro-Urdiales desde Madrid se hace en esta forma: se sale á las ocho y media de la noche de la estación del Norte en ferrocarril hasta Bilbao, adonde se llega entre cuatro y cinco de la tarde del siguiente día; tres ó cuatro diligencias combinadas con la llegada del tren, y sin más detención que la precisa para el trasbordo de los equipajes, recogen á los viajeros y llegar á Castro-Urdiales entre ocho y nueve de la misma tarde. Tambien puede descansarse en Bilbao, haciendo el viaje á las siete de la mañana siguiente, bien en las diligencias que salen á esta hora, ó ya en los magníficos vapores de la Carrera de Santander, que hacen escala en el puerto de Castro-Urdiales, cuya corta travesía de hora y media, poco más ó ménos, es en extremo segura y deliciosa.

«El coste del viaje desde Madrid á Castro, con inclusion del de la diligencia, es en primera clase 266 reales, en segunda 205 y en tercera 126.»

La reseña que dejamos copiada, y que sobre el terreno hemos encontrado exactísima, nos ahorra el trabajo de hacer más difuso este artículo; sin embargo, deber nuestro es dirigir algunas advertencias á los viajeros acerca de las innovaciones que han ocurrido desde el año anterior.

De Madrid á Bilbao sale tambien un tren *expres* á las tres y media de la tarde, con solo coches de primera, y con él están combinadas las diligencias de Castro para recoger á los viajeros despues de tres ó cuatro horas de descanso.

En el día puede tambien hacerse el viaje directo por Santander, pues abierta ya toda la vía férrea hasta esta ciudad, y establecidas diligencias por la nueva carretera de la costa en comunicacion con Castro y Bilbao, es un viaje cómodo y arreglado. De él se utilizarán generalmente las muchas familias que, antes que los baños de mar, tienen que tomar los sulfurosos y termales, que tanto abundan en la montaña, y cuyo viaje no hacían otros años, ó por temor de embarcarse, ó por las dificultades que ofrecía la falta de caminos.

## Hospedajes.

A muy corta distancia de la playa de Castro-Urdiales, y como de un extremo á otro de la Puerta del Sol en Madrid, acaba de construirse y abrirse al público una grandiosa FONDA, titulada QUINTA DEL CARMEN; lujosamente amueblada, con café, billares y gabinete de lectura, y con espaciosas habitaciones para 150 huéspedes. Hemos tenido ocasion de observar que el trato que en ella se da á los bañistas es excelente, sin que nadie pueda echar de menos el de las mejores de la corte, y sin embargo, sus precios son tan económicos y arreglados, que de seguro no se encontrarán en ningun otro punto de la costa. Siga, pues, el fondista el buen camino que ha adoptado en su nueva especulacion, y es bien seguro que conseguirá tener siempre lleno el establecimiento. Dentro de la población hay tambien muchas casas de huéspedes, las cuales van mejorando y arreglando sus precios á medida que llega la competencia, de la cual nos utilizamos los viajeros, que hasta cierto punto no dejamos de ser exigentes.

Desde la población á la playa apenas se tardarán cinco minutos, y se va por un frondoso paseo cubierto de árboles, donde no penetra un rayo de sol por manera, que con el auxilio que luego prestan los Baños del Príncipe Alfonso, con sus frescos y espaciosos corredores, los que á ellos concurren se precaven y libran de las insolaciones que tanto molestan en ciertas horas del día á los que permanecen al aire libre, haciendo muchas veces ineficaces los buenos efectos del baño.

Hemos expuesto ya todo cuanto al viajero pueda interesar; hemos demostrado que Castro-Urdiales, con su delicioso paisaje, con su suave temperatura, con su grandiosa playa, sin rival en toda la costa; con su

elegante casa de baños, que puede competir con las mejores del extranjero, con su excelente y bien servida fonda, y con sus comodidades y diversiones, es el primer puerto de baños en toda la costa de Cantabria, que como tal se la da en el día la preferencia; y añadiremos, por conclusion, que á pocos esfuerzos que se hagan, se conseguirá muy pronto que nuestra aristocracia y nuestros hombres de dinero adquieran el buen gusto de no ir á país extranjero en busca de unas playas y de una temperatura que tan fácilmente pueden encontrar con ventajas á pocas horas de la corte.

Julio de 1866.

ERNESTO GARCIA LADEVESE.

*Post Scriptum.* Al remitir á Vd., mi querido director, este artículo, he sabido que el Sr. Muro, distinguido jurisconsulto de Valladolid, ha firmado la escritura de adquisicion de dos lotes de la magnífica huerta titulada de *Murga*, separada de los *Baños del Príncipe Alfonso* por el camino-paseo que dirige á la playa. Es un acontecimiento importante para Castro-Urdiales, porque en dicho terreno se trataba de construir un barrio de casas de campo, y el hecho se ha consumado, porque el Sr. Muro principiará las obras de la suya dentro de pocos días: á ella seguirán otras proyectadas por varios capitalistas de la corte, y seguramente el estío próximo encontraremos esto convertido en una aristocrática poblacion de verano, que redoblará la gran nombradía que tan justamente ha adquirido la encantadora playa de Castro-Urdiales.

## ESTUDIOS HISTÓRICOS.

### D. Luis de Escobedo.

(Continuacion.)

Recibidas las instrucciones del rey y las mercedes con que le plugo agraciarse, partió Escobedo cerca de D. Juan de Austria. Los principios de su servicio correspondieron al fin de su asistencia; pero á medida que ganaba el afecto del príncipe, iba siguiendo las huellas y empeñándose en el camino de su imprudente antecesor. Manteniendo inteligencias con algunos cardenales, seguía en Roma negociaciones misteriosas de que no daba cuenta al monarca y que recataba de sus agentes. Iba y venía con notable frecuencia á la corte pontificia, socolor de comisiones ordinarias de D. Juan, pero advertíase que permanecía mucho tiempo y procuraba entrevistas secretas con altos personajes.

Bien fuese por resentimiento de la reserva que usaba Escobedo en sus proyectos, bien por celo en favor del servicio, Antonio Perez dió parte al rey de sus sospechas, llamando su atencion sobre las comunicaciones del comendador mayor de Castilla, D. Diego de Zúñiga, que desempeñaba la embajada. Por aquel tiempo determinó Felipe enviar á Flandes á su hermano; y obediente D. Juan de Austria, admitió tan delicado gobierno, despachando desde Italia á Escobedo para que arreglase en Madrid las provisiones, conductas y requisitos concernientes á la jornada. Mientras que cumplía su comision, avisó el Nuncio á Antonio Perez que habia recidido un despacho en cifra de Su Santidad, en que le mandaba que interpusiese oficios con el rey para la pronta realizacion de la empresa de Inglaterra, de modo que fuese D. Juan acomodado en aquel reino, todo en la manera y forma que Escobedo lo pidiese. El secretario de Estado prometió el secreto que se le exigía, pero dió al punto cuenta al monarca. Aunque disgustado por esta doble conducta, mandó el rey á Antonio Perez que participase á Escobedo lo que habia pasado con el Nuncio, procurando indagar sus intenciones é informándose del punto á que las tramas habian llegado. Entonces, de acuerdo ambos secretarios, formaron una instruccion para dirigir al obispo de Padua en sus oficios á favor del príncipe.

Con suma calma oyó el soberano al embajador del Santo Padre, despidiéndole con palabras afectuosas, pero esquivando todas las ocasiones de compromiso. Impaciente D. Juan con la tardanza, aportó á Barcelona con dos galeras, desatendiendo el precepto de su rey que le mandaba salir directamente desde Italia para los Países-Bajos sin tocar de modo alguno las costas españolas. Pesar recibió Felipe de su desobediencia; pero disimulando con su reserva habitual, recibiólo afablemente y oyó con atencion sus pretensiones. Dejose para ocasion más favorable el trato de su

establecimiento como infante de España; y tocando al punto de la expedicion á Inglaterra, díjole terminantemente el rey, que si se acababa con felicidad la guerra de Flandes y venían los estados en que saliesen por mar los soldados extranjeros que ocupaban el territorio, holgaría que con ellos le hiciese la prevenida jornada. Animaba así Felipe al ambicioso jóven, quien, arreglado lo necesario para su empresa, partió en compañía de Escobedo para los Países-Bajos. Aunque penetrado de las inmensas dificultades que el negocio le ofrecía, hubiera consentido el rey en casar á D. Juan de Austria con la desdichada reina de Escocia. Maria Stuart, prisionera á la sazón de su hermana Isabel, mantenía una correspondencia activa y secreta con el monarca español jefe del catolicismo europeo y enemigo implacable de la orgullosa Inglaterra. Con el auxilio de los papistas oprimidos, ayudado de las armas espirituales de Roma, esperaba Felipe II invadir con sus tercios de Flandes el territorio, y rescatar en Lóndres á la desgraciada cuanto imprudente Maria. Su matrimonio con D. Juan resucitaba sus fundadas pretensiones al trono de Enrique VIII, y las fuerzas españolas, echadas en la balanza de la guerra civil, hubieran decidido irremediamente la cuestion á favor del catolicismo. Neutralizado y sujeto el inquieto poder de los ingleses, la marina española reinaba sin rival en todos los mares; al paso que la reforma religiosa, perdiendo su más firme columna, iba á espirar abatida á los piés del protector de la antigua iglesia. Así pues, si bien precipitaba sus proyectos el vehemente anhelo de su hermano, obedecía tambien en este caso el monarca español al impulso de la fé católica y al interés bien entendido de sus miras.

El príncipe de Orange penetró pronto el secreto de los preparativos de D. Juan de Austria. Conociendo que su prestigio y su valor podrian al cabo afirmar la paz en las provincias flamencas, cuya irritacion iba á cesar en gran parte con la salida de los soldados extranjeros; previendo que, bajo qualquier desenlace de los proyectos políticos del gabinete de Madrid, quedaba comprometida la suerte de la Holanda, trató de neutralizar con su astucia la fortuna de su contrario. No consintieron los Estados la salida por mar de la gente de guerra, y, falta de este apoyo, dispóse como el humo la empresa que alimentaba los dorados sueños de D. Juan. Los bandos, las alteraciones renacieron en los Países-Bajos, al ver que pesaba sobre ellos la insufrible carga de los extranjeros aborrecidos que, no pudiendo ya llevar su inquieto ardor á la expedicion de Inglaterra, no debían tampoco, por razones de conveniencia pública, y sobre todo por la voluntad interesada de su jefe, derramarse por los dominios pacíficos de Italia.

Despechado D. Juan con la pérdida de sus esperanzas desvanecidas, volvió á anudar desde Flandes sus inteligencias é intrigas con la corte de Roma. Ya no se trataba de Maria Stuart; aspirábase á la mano de la orgullosa Isabel. Creía el Papa que, una vez casada la poderosa reina con el jóven vencedor de Lepanto, el influjo de su marido bastaría á hacerle abjurar los errores de la reforma, atrayendo á sus pueblos con su ejemplo é influjo á la antigua comunión del apostolado romano. Volvió á hablar el Nuncio á Antonio Perez de estos proyectos y á interponer sus oficios con el rey: súpose entonces que habia recibido D. Juan de Austria breves, bulas, y aun dinero de la Santa Sede para dar cima á sus planes; y mientras tanto, ni un despacho, ni una carta confidencial habia avisado al monarca de los arriesgados tratos del ambicioso príncipe. Sea que creyese realmente á Escobedo alma y guía de los designios de D. Juan, sea que estuviese alarmada su prevision, el secretario de Estado pintó con vivos colores al rey los perjuicios que al lado de su hermano podían causar hombres tan imprudentes y desleales como el que entonces era consejero de sus negocios. Felipe II, no queriendo romper decididamente con el príncipe, y esperando llevar á buen puerto con dulzura su ambicion, encargó á Antonio Perez que le escribiese, contándole lo que pasaba, y como si nada supiese el rey de sus intentos. Hizolo así, reprendiendo al propio tiempo á Escobedo por la reserva que guardaba en asunto de tal cuantía.

Tal vez iba en todo de acuerdo el secretario de Estado con el monarca: tal vez por medio de un juego doble, denunciaba al rey las intrigas de D. Juan al paso que lisonjeaba su ambicion; pero es indudable que el príncipe, confiado en su eficacia, le envió en cifra varios despachos para que procurase de toda manera impedir que la gente de Flandes volviese á Ita-

lia, segun lo acordado por el Consejo; ofreciale tambien considerables regalos, y aun dícese que fué aceptado alguno. En sus respuestas, asegurábale Antonio Perez que hacia oficios cerca del soberano para conseguir sus deseos; y los soldados entre tanto no salían, como debieran, de las provincias de Flandes.

Con su habilidad acostumbrada propaló el príncipe de Orange entre sus partidarios la noticia del casamiento de D. Juan con la reina de Inglaterra. Parecía-le que con tal traza lograría desacreditar al capitán enemigo, y perdiéndole en el ánimo del rey, conseguir que le quitasen el gobierno de los Países-Bajos. Así en este delicado asunto unianse contra Felipe, para favorecer el matrimonio de su hermano, el jefe del catolicismo y el caudillo de la reforma. Esperaba el primero que por su medio volvería la Inglaterra al gremio de que se separó: aseguraba públicamente el segundo por su mano se negociaba este casamiento que, al dar á D. Juan de Austria el señorío de los Países-Bajos, afirmaba la exaltacion de la religion nueva, acrecentando los privilegios, prerogativas y exenciones en el gobierno y administracion de justicia. Y no se limitó el príncipe de Orange á vanos rumores. Escribió á Isabel, y segun se dijo con los mayores visos de fundamento, púsola en correspondencia con D. Juan; cruzáronse cartas; vinieron y fueron regalos; los despachos de Inglaterra llegaban á manos del flamenco directamente, pasando luego á las de D. Juan de Austria; mientras que por espías dobles recibía las copias Juan de Vargas Mexia, embajador de España en Paris, enviándolas luego directamente al rey.

Pensaba Felipe II en los medios de enmendar estas trazas peligrosas que daban ventaja á sus enemigos, comprometiendo la tranquilidad de sus reinos, cuando recibió nuevas pruebas de la impaciente ambicion de su hermano. Avisaba Juan de Vargas Mexia al secretario de Estado, que algunas personas despachadas por el príncipe á Paris aparecian en público algunos días en cumplimiento de las comisiones de su encargo, y encerrándose despues secretamente en el palacio del duque de Guisa, mantenían largas y misteriosas conferencias. Súpose despues que el objeto de estos viajes era una confederacion entre los dos magnates con nombre de defensa de ambas coronas, bajo bases desconocidas; pero el verdadero fin de D. Juan de Austria era dejar la carga del gobierno de Flandes, que cada vez se hacia más pesada y espinosa, y conservar aquellos tercios veteranos para cuya detencion en los Países-Bajos no habia ya pretexto alguno, pero que convenia resevar para los no abandonados planes de la empresa de Inglaterra.

J. BELZA.

(Se continuará.)

## EL CASERO.

Cuadro de brocha gorda.

No sabemos á punto fijo quien fué el primer casero del mundo, aunque bien mirado, pudiéramos encontrarle en Noé, dueño y constructor de la famosa arca; pero este santo varon, al ocupar su flotante vivienda en union de los innumerables bichos que todos sabemos, ni los exigió alquiler, ni fianza, ni cometió otros muchos excesos como los que hoy día estamos viendo en algunos caseros de esta villa.

A lo ménos no existe documento alguno que pruebe lo contrario. Conste, pues, que si Noé fué el primer casero, no tiranizó á sus múltiples inquilinos, ni los vejó, ni tuvo que llevarlos ante los tribunales. Por el contrario, dióles vivienda gratis por espacio de algunos días, harto calamitosos y aciagos.

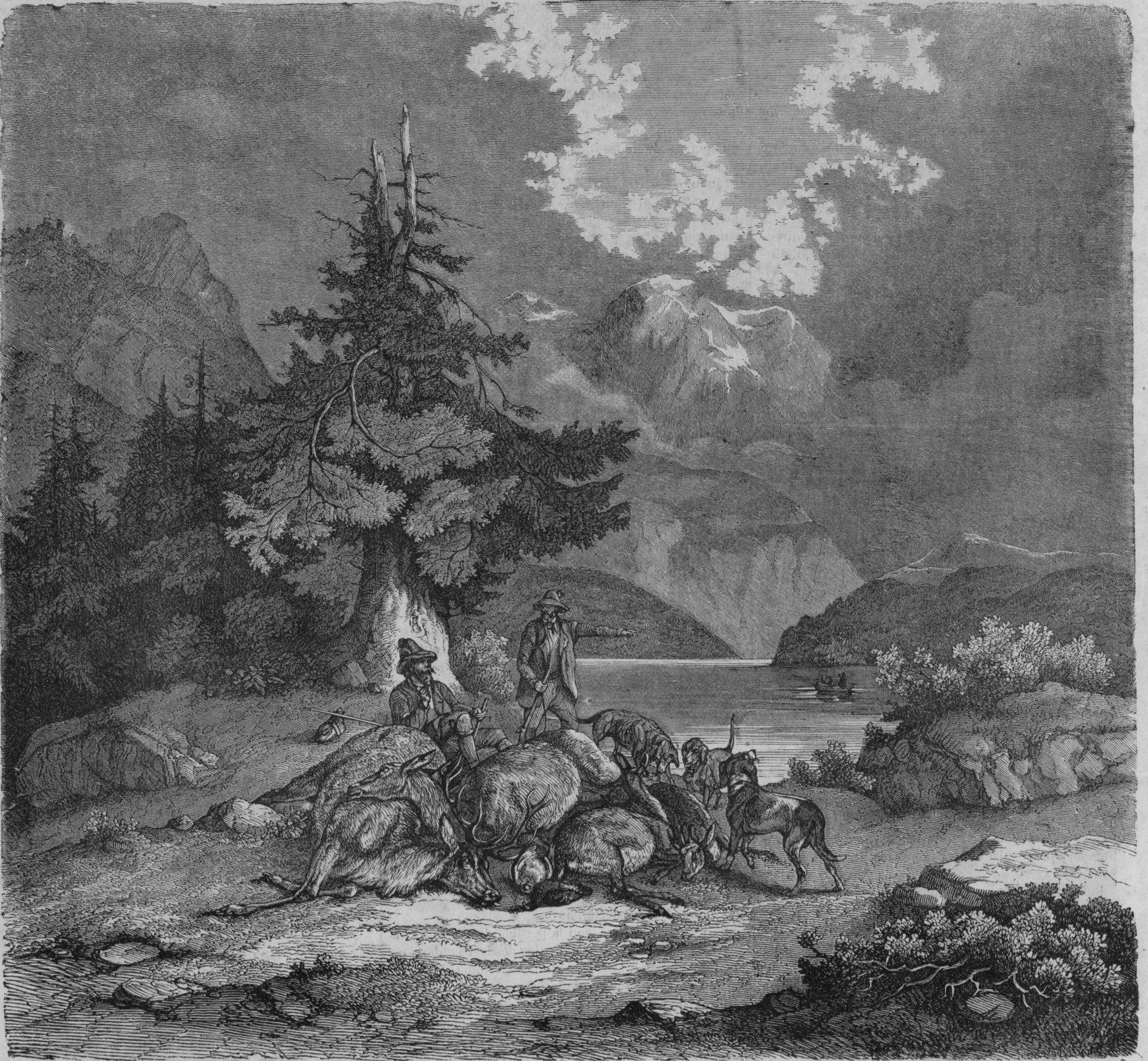
Reasumiendo:

Entre Noé y los caseros matritenses, no existe nada de comun, mal que les pese; ni siquiera tienen derecho á llamarse descendientes de un Patriarca tan sábio y tan virtuoso. Solo les concederemos la razon cuando convengan en descender de alguno de los muchos animalitos que encerraba la precitada arca. Más, no les permitimos. Ahora bien; prosigamos nuestra tarea, que para exórdio ya pasa de castaño oscuro.

Ante todo, ¿qué es el casero?....—El casero propiamente dicho, es un animal.... racional, de carne y hueso, cuya filiacion es como sigue:

Ojos..... Pardos, diminutos y de una viveza ratonil, exuberante.

Boca..... Peor que la de un cañon rayado cuando declama en pró de sus derechos. En cuanto á las condiciones físicas é higiénicas, no se



UNA CACERIA EN ITALIA.

## UNA CACERIA EN ITALIA.

El grabado que con este título publicamos, es una escena tomada del natural, y que pinta á lo vivo los interesantes episodios de la caza. Es el momento de descanso en que van reuniéndose las piezas muertas, que poco más tarde han de ser conducidas en triunfo por los cazadores, y devoradas después por los monteros en el anchuroso hogar de algún aristocrático castillo. El paisaje es de los más pintorescos que ofrecen las orillas del lago de Como, tan celebradas por todos los viajeros.

## LAS CORONAS.

## I.

¡Hermosa es la diadema que engalana  
Con círculo de oro, en que la encierra,  
Altiya sien de estirpe soberana,  
Destinada á reinar sobre la tierra!  
Sus súbditos ascienden á millones;  
Es señora de plazas artilladas;  
Y por su honor combaten, cual leones,

Numerosos ejércitos y armadas.

Régia flor de brillante pedrería,  
Consagrada por Dios y la Victoria,  
Es símbolo supremo de hidalguía  
En que la luz refleja de la historia.

## II.

¡Bella es también la que forjó de flores  
Trémula mano de doncella pura,  
Y la llevó al altar, en sus amores,  
Por sello original de su hermosura!

Aromoso cintillo de azahares,  
Al circundar la blonda cabellera,  
Acaricia una frente sin pesares  
Que aun no ha perdido la ilusión primera.

Por juventud y amor entretejida,  
Por locura y placer desenlazada,  
Es su destino perfumar la vida  
De una mujer feliz y enamorada.

## III.

¡Bello es el lauro, sí, con que la gloria  
Al bardo ciñe pensadora frente:  
Divina recompensa, aunque ilusoria,

Por ella el genio combatió valiente.

En medio de torrentes de armonía,  
Al entusiasta són de aplauso entero,  
El alma del artista se extasia

Con sueños dignos de Ossian y Homero!  
La voz de una nación su nombre aclama  
Al ofrecerle, en recompensa pura,  
Verde laurel que iluminó la fama,  
Y que bendice Dios desde la altura!

## IV.

¡Nobles son!.... Mas tras ellas escondida,  
Cual entre frondas delicado lirio,  
Hallar puede el mortal otra en la vida....

¡Y es la santa corona del martirio!  
¡Ninguna tan excelsa, tan divina,  
Si fé y resignación la abrillantaron;  
Si á cada golpe de punzante espina  
Una oración los labios murmuraron!

¡Infeliz y feliz quien en su frente  
La lleva por do quier en este suelo!  
Si el mundo le contempla indiferente,  
Dios, en cambio, le mira desde el cielo!

JUAN MANUEL MARIN.



BAILE DE MÁSCARAS EN NANCY, CON MOTIVO DE LA VISITA DE LA EMPERATRIZ.



SPAHIS.



KABILAS.

TIPOS ARGELINOS.

hable: Nogués ó Benete podrian entrete-  
nerse algun tiempo en examinarlas con la  
llave inglesa y el agua de Barcelona.

Nariz. ... Atomatada y oliendo á tabaco rapé desde  
una legua.

Cejas..... Pobladas y cerdosas.

Pelo..... (No tiene de tonto). Si gasta peluca no es  
para visto por lo repugnante.

Barba. ... (Algunas veces) pues casi siempre desem-  
peña el papel de tirano feroce.

Estatura. Cuatro piés.

Color. .... Impermeable.

Edad. .... Desde la de Judas en adelante.

#### SEÑAS PARTICULARES.

Mucha propension á subir los alquileres.

Por una milésima de escudo es capaz de pelearse  
con su sombra, que entre paréntesis, es la peor som-  
bra del mundo.

Con esta especie de cédula física-social, ya pueden  
ustedes atar cabos respecto al personaje que nos ocupa.  
¡Ah! olvidábamos lo mejor. El casero suele y  
hasta debe llamarse Restituto, Trifon, Crispulo ú otros  
poéticos nombres por el estilo.

Su traje se reduce por lo comun á las prendas si-  
guientes:

Leviton de manga estrecha; no son hombres de man-  
ga ancha, ni le pasan tanto así al niño de la bola. El  
cuello de esta especie de *redingot* tiene mucha *solapa*.  
Pantalones del tiempo del rey que rabió: zapatos herra-  
dos y baston de alcorcho. De la camisa no se hable;  
suele mudársela por quincenas. Si por casualidad usa  
reloj, data del siglo pasado, con lo cual dicho se está  
que debe ser un *calderómetro* de padre y muy señor  
mio. *Post data*: Las gafas son de ley, y las compra en  
el Rastro á un precio módico.

¿Quieren Vds. saber de qué se alimenta nuestro hé-  
roe? Entre seis y siete de la mañana una jícara de agua  
de castañas, que él con mucha prosopopeya llama cho-  
colate. Entre sopa y sopa devora *El Diario Oficial de*  
*Avisos*, único órgano que suena bien á sus intereses.  
Además, por via de lujo está suscrito, á medias, á *La*  
*Esperanza*, y eso por compromiso de su amigote el sa-  
cristan ó muñidor de cofradía. De doce á dos come  
una triste sopa de mendrugos, cuyo caldo podria muy  
bien servir para administrar el bautismo; un cocido  
con media docena de garbanzos, duros como balines;  
un cachillo de carne endemoniada y..... pare Vd. de  
contar. Fruta..... ¡qué escándalo!.... Sólo en las gran-  
des fiestas del año. Vino..... ¡qué blasfemia!.... jamás  
penetra en su casa; diz que enturbia la vista tanto  
como el agua la aclara, y hé aquí por qué se ostenta so-  
bre la mesa ráquitica un botijo súcio y desportillado.

Ya que estamos en el *cuchitril* del casero, procure-  
mos bosquejar su carácter, su trato, su proceder con  
las demás personas.

Presentémosle en el acto de recibir á cualquier su-  
jeto, aspirante á inquilino.

—Usted dirá, comienza el tirano.

—Yo he visto la habitacion, responde la víctima, y  
me gusta. Sólo que tiene algunos ladrillos y varios  
cristales rotos y el papel bastante deteriorado....

—Ya lo sé, ya lo sé, refunfuña el casero; un mal-  
dito militar que vivió en él tiene la culpa. Esos señores  
son tan impetuosos y tan..... que si no ya le hubiera  
dicho yo cuantas son cinco..... Pero en fin, no quiero,  
no me dá la gana, entiende Vd? No estoy en el caso de  
gastar un real. Si á Vd. le acomoda, puede hacerlo de  
su cuenta, quedando luego que Vd. lo desocupe todo  
á mi favor..... eso se sobrentiende.

El presunto inquilino, que tiene interés en quedar-  
se con el cuarto, se decide á pasar por ello, y exclama:

—Corriente, lo haré de mi cuenta.

—¡Ah! pero le advierto que no me ha de quitar  
ó añadir tabiques, etc., etc.

—Pero.....

—¿Y tiene Vd. chiquillos, perros, aves, tiestos de  
flores?... porque entonces ya varia la cuestion.

—Hombre, tengo hijos, pero eso no implica.....

—¡Vaya si implica, vaya si implica!.... Los chicos  
son el demonio y ensucian las paredes con carbon y  
rascan las puertas!.... ¡Bah!.... ¡Bah!.... aunque yo no  
tengo niños sé que son de la piel de Barrabás.

—Permitame Vd. que le diga que los míos están  
bien educados y no merecen esa censura..... Además,  
con reponer ó arreglar lo que destrocen, no hay  
caso.....

—Bien, bien. Le advierto que no ha de tener hués-

pedes; ni ha de dar bailes; ni puede tender ropa en  
los balcones; y á las diez, todo lo más, la puerta de  
la calle deseo que esté cerrada.

—¿Pero señor, Vd. cree que con esas condiciones  
puede nadie habitar su casa.....

—Nada, nada, si no acomoda lo deja, pues inquil-  
nos me sobran á docenas..... ¡Apuradamente la finca  
está bien situada!....

—(Sí, en la calle del Oso).

—Tiene agua.....

—(No lo dudo, cuando llueve, gracias á las goteras  
que he visto).

—De chinches no se hable.....

—(En Diciembre lo creo, porque ahora las he visto  
á bandadas.)

—Las habitaciones están bien dispuestas.....

—(Sí, en el verano se asarán los pájaros, y en el in-  
vierno es probable que no se pueda andar por ellas  
sin riesgo de pescar una pulmonía.)

—Además, pagará Vd., si se queda con el cuarto,  
dos reales diarios, aparte del alquiler. Uno para el  
alumbrado y otro para el portero.

—Pero hombre de Dios, ¿si en la actualidad ni exis-  
te portería ni ménos portero, y la escalera desde las  
tres de la tarde está como boca de lobo?....

—¿Cómo es eso? ¿Acaso el zapatero de la bohardilla  
no desempeña bien su cometido? ¿Acaso el farol no  
alumbra bastante la escalera?

—Si señor; el remendon, aparte de estar en su *chis-  
con* del patio, á veinte varas del portal, sólo sirve pa-  
ra atronar los oídos con sus martillazos y sus dispu-  
tas conyugales; y el farol que Vd. dice, es como la ca-  
rabina de Ambrosio. Ni luce ni alumbra otra cosa que  
la jaula de hierro en donde está colocado, merced á  
las telarañas y al poco aceite que le alimenta.

—Por último, ya lo sabe Vd. Si acomoda, quince  
duros todos los meses, y adelantados, aparte de los  
tres de fianza y dos de anticipo, en metálico sonante;  
exclusion de todo papel-moneda, creado ó por crear.  
Y además me tiene Vd. que traer el dinero á casa y el  
sello para el recibo, cuyo coste es de cuenta de Vd.,  
por supuesto.

—Oiga Vd.; ¿y si por casualidad sólo vivo en la casa  
tres meses ó á lo más cuatro?....

—¡Ah!.... no señor; tiene Vd. que habitarla por lo  
ménos un año. Así como yo puedo exigirle que se  
mude cuando me convenga.

—¡Pues estamos frescos! ¿Quién demonios ha hecho  
ley semejante?

—¡Oh! el que la hizo era un *grande hombre*; como  
que tenía casas, y probablemente nunca ha sido in-  
quilino.

Tal creo, porque de otro modo no hubiese cometido  
absurdo tan garrafal.

—¿Con que se queda Vd. con la habitacion, ó no?....

—Si señor, me quedo; basta ya de recorrer calles y  
visitar casas y luchar con caseros; y puesto que todos  
sin quitar un ápice me han hecho la relacion que Vd.,  
no hay otro recurso, me quedo con el cuarto, á no  
ser que me vaya á vivir al campo bajo una tienda de  
campana.

—Como Vd. guste.

Finalmente, el casero exhibe un pliego de papel im-  
preso con el real decreto de 9 de Abril de 1842 que  
tan gordo les hace el caldo, impreso al margen;  
amen de otras muchas cláusulas y condiciones, en  
todas las cuales el *inquilino es el responsable*: y despues  
de llenar los blancos del recibo, hace firmar á la po-  
bre víctima no sin haberse *encautado* antes del importe  
de la fianza y anticipo.

Hé aquí, poco más ó ménos, lo que se repite todos los  
días y á todas las horas entre el casero y el inquilino,  
entre el lobo y el cordero.

Los caseros de Madrid, que suelen ser los hombres  
del dinero, tienen á no dudar las entrañas *blindadas*:  
de otro modo, ¿cómo es posible que su insensibilidad  
llegue hasta el punto á que llega?

Egoistas por conviccion y avaros por naturaleza, con-  
cluyen por ser los miserables más irrisistibles y los  
usureros más implacables.

A los caseros de Madrid les debe estar reservado un-  
suplicio en la otra vida harto terrible. Las víctimas  
que causan, los disgustos que ocasionan, los atropellos  
que cometen, son otros tantos quejidos de dolor que  
suben al cielo clamando justicia. No negamos que  
existen caseros buenos, así como también inquilinos  
malos; pero como este articulejo solo está dedicado á  
aquellos que todo el mundo conoce por su tiranía y  
avilantez, no tenemos empacho en hablar de la especie

con la dureza que lo hacemos, persuadidos de que los  
que se crean aludidos serán sólo aquellos más acreedo-  
res á la sátira de nuestra pluma.

El dia en que los malos caseros desaparezcan de la  
tierra, es indudable que tenga lugar una gran re-  
volucion moral en nuestra patria.

Para esa época feliz les tiene preparado Pluton un  
sitio en sus caliginosas dependencias, con este letrero:  
«Reservado para los caseros incorregibles. (No se alquila  
ni por el alma de Judas.)»

Con que... ¡¡ojo!!...

PEDRO FRANCISCO REYMUNDO.

## EL REY DE LOS GITANOS

POR EL VIZCONDE PONSON DU TERRAIL.

VERSION CASTELLANA.

(Continuacion.)

Un murmullo subterráneo llegó hasta los oídos de  
Juan de Francia, é inmediatamente despues el sacer-  
dote arrojó, uno despues de otro, en las malezas, los  
dos sacos llenos de oro. Acabada esta operacion se le-  
vantó, paseó á su alrededor una mirada profunda, y  
no viendo ni escuchando nada que pudiera inquietar-  
le, se alejó lentamente de las ruinas.

Juan de Francia inmóvil, conteniendo el aliento, y  
oculto detras de un enorme pedazo de granito, se ha-  
cia el siguiente razonamiento:

«Si la maleza y las zarzas secas no se han inflama-  
do, es porque indudablemente ocultan la boca ó en-  
trada de algun subterráneo, y el fuego que ha lanzado  
el viejo *brahmane* era sin duda una señal. Al presente  
creo que puedo lisonjearme de saber fijamente dónde  
se oculta el tesoro.»

El jóven esperó sin embargo un cuarto de hora, es-  
cuchando siempre y observando, sin percibir otro rui-  
do que el del viento, que encorbaba la cima de los ár-  
boles y silbaba entre las ruinas.

En un principio, Juan de Francia pensó lanzar un  
nuevo grito, imitando el graznido del mochuelo pa-  
ra que se le reuniese Sanson, que debia permanecer  
oculto con el carro por aquellos alrededores, pero dos  
consideraciones le detuvieron.

—Siempre será tiempo de avisarle, se dijo, cuando yo  
sepa á punto fijo dónde se halla el tesoro; además, la  
voz subterránea que escuché hace poco me prueba  
que el tesoro se halla guardado, y yo soy bastante  
audaz para arriesgarme sólo en esta empresa.

Juan de Francia marchó resueltamente á donde es-  
taban las malezas, las cuales apartó como pudo, desgarrán-  
dose las manos, y vió una especie de madriguera ó  
boca de zorra; un agujero bastante estrecho, pero su-  
ficientemente ancho para permitir el paso de un hom-  
bre. Aquel agujero no descendia perpendicularmente,  
sino que trazaba un plano inclinado bastante rápido,  
cuya terminacion no era fácil calcular.

—¡Vamos, pues, dijo Juan; y encomendémonos á la  
gracia del dios de los bohemios!

Y se dejó deslizar por aquel agujero negro y oscuro  
como la boca del infierno. El plano inclinado era tan  
rápido, que Juan de Francia se vió obligado á servirse  
de sus manos y de sus piés, como si fueran garfios,  
para sostenerse, y no rodar violentamente al fondo.  
Su puñal lo llevaba sujeto con los dientes.

—¡Oh! se dijo á sí mismo; otro que no fuera yo, tal  
vez se detendria en su camino y retrocederia, pero  
Juan de Francia no retrocede jamás.

De esta suerte fué deslizando poco á poco, hasta  
que de pronto sus uñas se hundieron en una tierra  
más húmeda, deteniéndose de repente, como el caballo  
que llega al galope al borde de un abismo.

Un rayo luminoso vino á herir sus ojos al mismo  
tiempo que una voz fresca y armoniosa llegaba á sus  
oídos. Aquella voz, lejana todavía, ascendiendo de las  
entrañas de la tierra, entonaba una canto indio de una  
dulzura y melancolía indescriptibles. Juan de Francia  
contuvo la respiracion y escuchó.

«Yo soy la hija de Mahadéva, decia la voz, la guar-  
diana del sagrado tesoro. Los sacerdotes me han con-  
denado á vivir toda mi vida de mujer en las entrañas  
de la tierra y al lado de estos montones de oro y pe-  
drerías que me son completamente inútiles!...

«Ya no volveré á ver el hermoso azul del cielo, ni  
los rayos del sol, ni las estrellas de oro. ¡Ya no podré  
respirar el embalsamado perfume de la flores! ¡Y sin  
embargo soy jóven y bella, y cuando vivia sobre la

tierra, los hombres se prosternaban ante mí, como delante de la diosa Mikale, la diosa de la hermosura!»

La armonía de aquella voz, y la tristeza misteriosa de tan sentidas palabras, hicieron latir violentamente el corazón de Juan de Francia. La guardiana del tesoro, á quien aquel aun no podía distinguir, continuó:

«¡Los sacerdotes me han condenado á una virginidad eterna, y ya no volveré á escuchar los dulcísimos acentos del amor!»

—Quién sabe, murmuró Juan de Francia.

Y el bohemio se dejó caer como una avalancha hasta el fondo de la caverna.

El subterráneo era espacioso y abierto en forma de bóveda redonda. En el centro ardía un fuego mantenido noche y día sin interrupción: alrededor de aquel fuego una mujer de extraordinaria belleza danzaba con los brazos estendidos y cambiando á cada momento sus voluptuosas posiciones. La claridad que la hoguera sagrada despedía, era dulce y tenue, dejando en la sombra una gran parte de la cueva, precisamente la que correspondía al sitio donde había Juan aparecido.

Preocupada con su baile y con su canto, la jóven no oyó el ruido que Juan hizo al caer, y continuó en su entretenimiento, rápida, voluptuosa, con el pecho palpitante y la mirada inspirada.

Indudablemente las mujeres de la tribu á la cual Juan pertenecía, eran bellas, pero ni Cynthia la reina, ni Elspy la graciosa morena de los cabellos de oro; ni Dinah la de frente de alabastro y nacaradas mejillas, podían competir en hermosura con la jóven india, condenada á no ver más la luz del sol. Juan de Francia quedó á su vista como fascinado.

Inmóvil, recogido en uno de los rincones de la gruta, el jóven gitano se embriagaba con el sonido de aquella voz armoniosa, con aquella danza fantástica y ante aquella belleza sobrehumana. De pronto el canto fué haciéndose cada vez más melancólico, el baile más lento, hasta que las frases espiraron por completo en los purpurinos labios de la jóven, la cual rendida de fatiga vino á caer muy cerca de la hoguera.

Juan de Francia había olvidado completamente á Sanson, y mucho menos pensaba ya en el tesoro. Seducido, fascinado, dió tres pasos en dirección á donde había caído la india, y penetró en el círculo luminoso proyectado por el fuego.

Inmediatamente que la jóven se apercibió de su presencia, lanzó un agudo grito y se irguió como la corza dormida que se despierta al sonido de la trompa del cazador.

Pero Juan de Francia, poseía igualmente una mirada magnética y un encanto casi irresistible. Colocó una mano sobre el hombro desnudo de la bayadera, y la dijo con un acento lleno de dulzura y de emoción:

—Yo soy el hombre á quien esperas..... ¡El dios, cuyo tesoro guardas, ha tenido piedad de tus quejas, y á ti me envía!

La jóven lanzó un nuevo grito, pero esta vez fué un grito de alegría, y pasando sus brazos alrededor del cuello de Juan, le dijo:

—¡Entonces, sígueme y huyamos!.....

Pero estas palabras volvieron la memoria á Juan y se acordó del objeto que allí le había conducido.

—Sí, la contestó; huyamos, hija del Paraíso, pero es preciso llevar con nosotros ese oro y esos montones de pedrerías de los cuales eres tú la guardiana. Diciendo esto, la mirada de Juan exploraba ávidamente todos los rincones del subterráneo, y pudo convenirse de que sus cálculos y noticias eran demasiado exactas. En un inmenso pilón de pórfido, se hallaban amontonadas en oro acuñado de buena ley, y en piedras preciosas de todas clases y tamaños, riquezas tan fabulosas, que hubieran bastado para comprar un reino.

Juan de Francia había visto los destellos fulgurantes de los rubíes y diamantes, los reflejos amarillos del oro y los verdosos rayos de las esmeraldas, muy semejantes á la pupila de los tigres; pero las imprudentes palabras que acababa de pronunciar, hicieron caer la venda de los ojos de la bayadera.

—¡Ah! dijo con acento extraño; ¡tú no eres el enviado del dios Sivah, puesto que tratas de arrebatarme su tesoro!

Después de un breve momento de silencio, añadió mirando á Juan con terror:

—¡Huye, desgraciado! ¡huye de aquí, temerario! ¿Cómo pudiste penetrar hasta este sitio? ¿Quién te ha enseñado el camino misterioso que conduce á esta ca-

verna? ¿No sabes que corres á una muerte cierta? ¡Si los sacerdotes te sorprenden, te matarán sin remedio!...

—¡Te amo! respondió Juan de Francia, cuyos ojos se dirigían sin embargo al sitio donde brillaba el tesoro. La india volvió á echarle los brazos al cuello, y le dijo con el acento exaltado de la pasión.

—Pues bien, huyamos; llévame contigo, yo te seguiré como un perro, pero no toquemos á ese tesoro por que el dios Sivah nos castigaria.

Juan de Francia se encogió de hombros sonriéndose.

—Yo te conduciré á mi patria, la contestó, porque soy hijo de Europa y allí el dios Sivah no tiene ningún poder sobre nosotros.

—No, no, replicó la jóven; la cólera del dios alcanzará á los culpables en cualquier punto de la tierra donde se escondan. Yo te prometo en cambio de esos tesoros otros de no menos valía; tesoros de amor que serán mil veces más preciosos que ese oro duro y feo y esos rubíes que hielan la mano que los toca.

Desprendiéndose en seguida de sus brazos empezó á improvisar un nuevo canto lleno aun de mayor dulzura que los anteriores.

«¡No, la hija de los sacerdotes no está condenada á vivir eternamente en las entrañas de la tierra. Volverá á ver las estrellas de oro y el cielo azul, y aspirará el perfume de las flores! Hollará con su planta la yerba de los campos y podrá apagar su sed en os manantiales que brotan al pié de las palmeras. ¿Para qué necesita el oro ni las piedras preciosas la hija de Mahadeva, si ha hallado el tesoro de los tesoros?... ¡el amor! Milagrosamente ha descendido hasta ella el hombre de mirada profunda, el jóven de negra cabellera, el que debe amarla y refrescar su triste y solitario corazón!»

Y al propio tiempo que cantaba, cogió á Juan por la cintura y empezó una especie de danza muy parecida al wals, estrechándole en sus brazos, y embriagándole con su aliento, hasta el extremo de que el jóven, fascinado, palpitante, obedeciendo maquinalmente á aquella fuerza magnetizadora, había concluido por abandonarse á aquel turbión rápido, dominado por el demonio de la música y de la danza.

Sin embargo, conservaba aun su presencia de espíritu y se decía:

—Cuando caiga fatigada, lo que no puede menos de suceder, entonces me apoderaré del tesoro.

Pero el baile y el canto continuaba siempre, y Juan iba trastornándose cada vez mas con el tibio aliento y la misteriosa armonía de aquella voz que hacia palpar su corazón y vibrar las cuerdas más sensibles de su alma.

Como si hubiese querido desplegar todas sus seducciones, la bayadera, sin interrumpir el baile, cogió al paso un tizon encendido y lo lanzó sobre el montón de pedrerías: la caverna se iluminó por un momento con mil extraños y fantásticos resplandores. El aturdimiento de Juan de Francia llegó á su paroxismo.

Ya no tuvo fuerza para resistir por más tiempo á aquel movimiento de rotación que la bayadera hacia cada vez mas precipitado, y el puñal, que hasta entonces había conservado en la mano, se le escapó de entre los dedos.

Poco á poco el vértigo se fué apoderando de su cabeza, y en vano trató de romper la dulce cadena que lo sujetaba.

—¡Cantemos! ¡cantemos! continuó la jóven; cantemos el himno de amor que debe preceder á nuestra unión. Todo debe amar sobre la tierra, ¿no es verdad? ¿El cielo azul no es el amante de la mar azul? ¿Las preciosas estrellas que pueblan el firmamento, no son también las amadas del sol? El dios Sivah habita un palacio en el fondo de la mar donde viven las almas que él ha elegido por esposas. El dios Sivah es jóven y hermoso, y no á prohibido el amor.

Al cabo de un cuarto de hora el pobre Juan de Francia, aniquilado por el cansancio y falta de aliento, conoció que las piernas le flaqueaban y que iba á rodar por tierra: aquel baile traidor había agotado sus fuerzas y trastornado completamente su cabeza. La sacerdotisa tomó entonces una copa de oro cincelado, en la cual brillaba un licor amarillo como el topacio.

—¡Toma! dijo al jóven gitano; toma, adorado mio, humedece tus labios con estelicor sagrado el cual reanimará tus fuerzas.

Juan de Francia asió la copa y aproximándola á los labios con avidez, apuró su contenido de un sólo trago. Inmediatamente experimentó una sensación extra-

ña y singular: sus sienas latieron con fuerza, se oprimió su garganta y le pareció que un manto de hielo envolvía y paralizaba todos sus miembros. Sus ojos se cerraron y quedó inmóvil é inerte tendido en el suelo, como si la muerte le hubiera herido con su rayo fulminante.

—¡Ah! gracias al dios Sivah, dijo la bayadera con inmensa alegría; le he salvado. Ya no era tiempo de huir... los sacerdotes deben llegar de un momento á otro, le ocultaré en el rincón más oscuro del subterráneo donde no puedan verle, y cuando llegue la noche yo le volveré á la vida y huiémos juntos lejos de este país, á gozar de los encantos del amor!

Pero en el momento en que la jóven empezaba á arrastrar el cuerpo de Juan para ocultarlo en un sitio á propósito á su intento, una puerta secreta, oculta en una roca, giró sobre sus goznes y la bayadera lanzó un grito de espanto cayendo de rodillas.

Dos hombres con largas túnicas blancas, dos sacerdotes del dios Sivah, penetraron en el subterráneo con antorchas encendidas, y apercibieron á Juan de Francia, cerca del cual la guardiana del tesoro permanecía de hinojos.

—¡Ah! dijo uno de ellos con voz estridente y fatídica: ¿cómo ha habido un hombre bastante imprudente para llegar hasta aquí, para descubrir el misterio que únicamente nosotros conocemos? Pues bien, en nombre de nuestro dios, en el de nuestros hermanos que sufren, en nombre de la india esclava, le condenamos á morir!...

La jóven india lanzó un nuevo grito de terror, porque vió brillar la hoja de un puñal entre las manos del sacerdote que acababa de espresarse en estos términos.

(Se continuará.)

J. BELZA.

## SPAHIS Y KABILAS.

Hé aquí las dos tropas que combaten perpétuamente en la Argelia, en nombre del emperador de Francia las primeras, y de la independencia de su país las segundas. Ni los inmensos tesoros que Francia ha vertido sobre aquel territorio, ni su política civilizadora, ni su brillante ejército han podido acabar con esas hordas salvajes que, al abrigo de sus bosques y de sus montañas, desafían el gigante poder de los conquistadores de su patria.

## BAILE DE MÁSCARAS EN NANCY.

El viaje de la emperatriz á algunos de los departamentos de Francia, está dando ocasión á grandes festejos, con que los pueblos celebran espontáneamente la llegada de la augusta y simpática viajera.

Uno de ellos ha sido el baile de máscaras que se ha verificado en el primer teatro de Nancy, con la animación y lujo que nuestro grabado representa, y que son tan comunes, dada la afición y el entusiasmo con que el pueblo francés acude siempre á estos espectáculos.

## CHARADA.

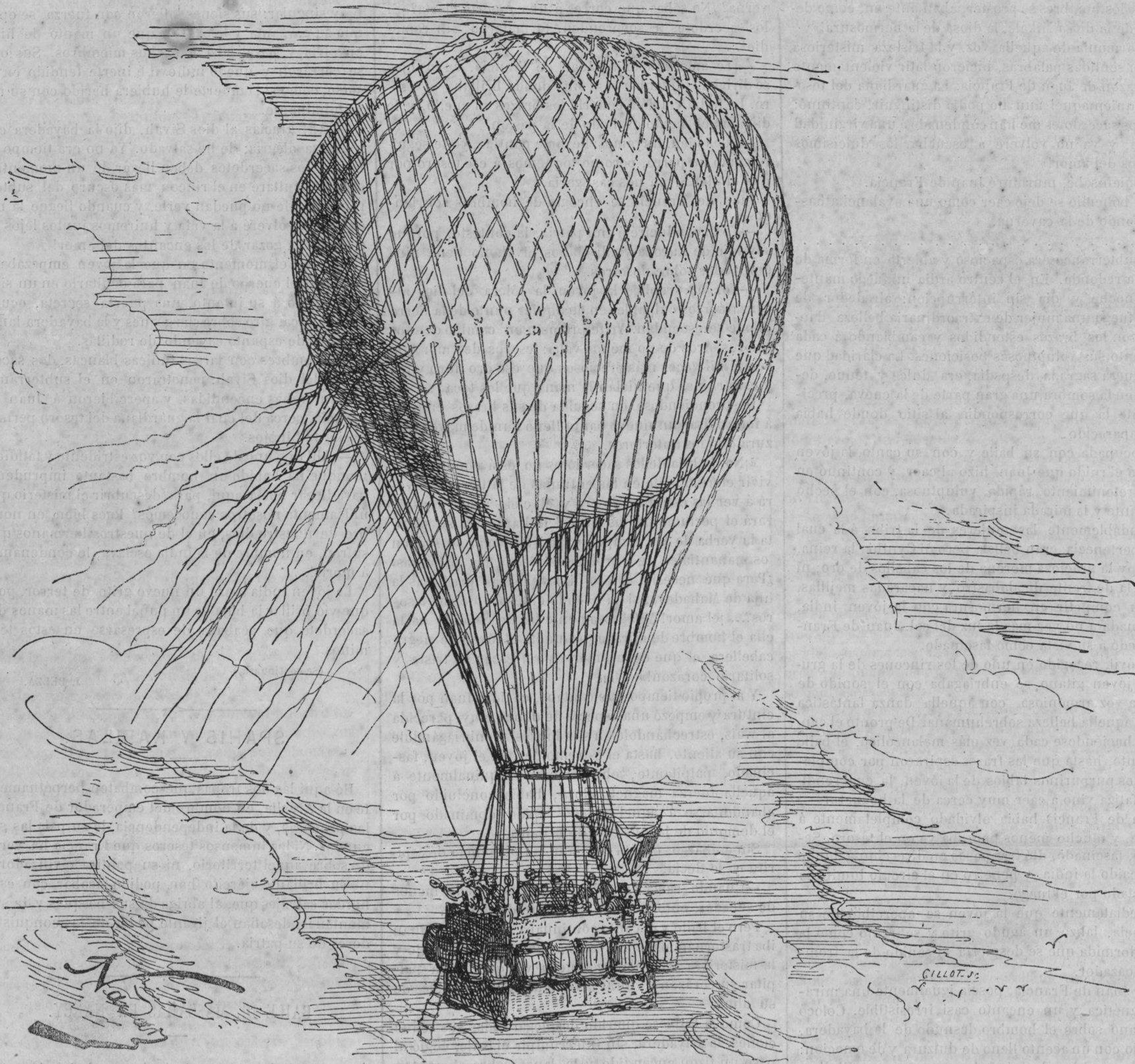
Unidas mi primera y mi segunda son la esperanza del veloz marino cuando reina en el mar calma profunda; tercera y cuarta, fruto peregrino que trocado después en rica tela envuelve de la hermosa el cutis fino: segunda, prima y cuarta ¿quién recela que han de ser el color de la Sultana que de Stambul en los jardines vela?

Y si alguno en saber aun mas se afana mi segunda, tercera y cuarta enlace y échele el grano de la espiga sana: mas si mira mi todo y se complace en subir á las nubes, que me espere y volará conmigo á donde nace la luz del sol y dó la sombra muere.

(La solución en el número próximo.)

Editor responsable, P. A. LAMARTINIERE.

MADRID: 1866.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.



EL GLOBO LA ITALIA, CONSTRUIDO POR GODARD, OBSERVANDO LAS POSICIONES DEL EJÉRCITO AUSTRIACO.

### CANTARES.

Si el ser feliz en la tierra  
se hallara solo en amar,  
de seguro gozaria  
constante felicidad.

En el cristal de un espejo  
vi un día tu imagen bella,  
desde entonces que la miro  
siempre en el cristal impresa.

¿Sabes bien lo que es querer?  
Es vivir en uno dos,  
y sentir ambos lo mismo,  
la alegría y el dolor.

Aunque soy joven, mis ojos  
han vertido tantas lágrimas,  
que se han secado, y no pueden  
llorar ya más mi desgracia.

Las ilusiones que hiciste  
crecer en mi corazón,  
son cual las flores que mueren  
cuando no las mira el sol.

M SECO Y SHELLY.

### EL GLOBO «LA ITALIA.»

El sistema de observar durante una guerra los movimientos y posición de los enemigos, no es nuevo ni tiene tampoco nada de extraño. En la misma Italia se emplearon cuando la campaña de 1859, habiéndose servido también de ellos Napoleón en varias ocasiones.

Hoy Godard se ha decidido á ponerlo en planta, y su magnífico globo *La Italia*, ha hecho ya algunas excursiones de este género con el éxito más feliz, y provisto de todos los medios para conseguir el mejor resultado aun en el triste caso de que su aparato se alejara demasiado de la tierra ó fuera á caer en las aguas del mar.

Indudablemente el espectáculo de una gran batalla vista desde un globo, debe ser tan imponente como fantástico.

### ADVERTENCIA.

Una vez más necesitamos apelar á la indulgencia de nuestros suscritores. El presente número se reparte con un retraso de tres ó cuatro días, y sin que hayamos podido intercalar en él los grabados de actualidad que esperábamos, por habérsenos extraviado en el camino las dos cajas que nos remitían. Al mismo tiempo, la enfermedad de uno de nuestros grabadores nos impide publicar cabecera nueva. Pronto, muy pronto, quizás en el siguiente número, ó á lo más tardar en el otro, subsanaremos todas estas faltas con el celo é interés de que son tan dignos nuestros favorecedores.

### CANTARES.

Cuando tú y yo, madre mía,  
nos juntemos en el cielo,  
¡con cuánta envidia han de oír  
los ángeles nuestros besos!

En el mar de mis desdichas  
hubiera yo naufragado,  
si no fuera la esperanza  
timonero de mi barco.

Las campanas de mi aldea  
se parecen mucho á tí,  
en que suenan como plata  
y son de cobre ruin.

¿Quién es?—preguntó San Pedro  
á uno que al cielo llamaba.  
—Un verdugo.—Aquí no cabe,  
porque aquí á nadie se mata.

Glorias y lauros se ganan  
en la guerra, pero á costa  
de beber sangre de hermanos  
ó dar á beber la propia.

JOSÉ PUIG PEREZ.